Yo leo los clásicos

Tom Sawyer

El final de Joe el indio



LAROUSSE

Yo leo los clásicos

TOM SAWYER

El final de Joe el indio

Basado en la novela de
Mark Twain

Adaptación de Maya Saenz

LAROUSSE

1

El drama

Es una calurosa mañana de verano en San Petersburgo. Becky y Tom viajan sentados en el asiento trasero del carruaje de Jim, charlando tranquilamente.

—Gracias por traerme a pasear por aquí, Tom. No me conozco muy bien esta parte del pueblo —dice la pequeña.

—¿En serio? ¿Sabías que un poco más para allá, pasando aquellos árboles, hay una casa encantada? —le cuenta Tom.

—¿Ah, sí? ¿Y si bajamos a verla? —propone Becky.

¡Qué buena idea! Tom está emocionado.

—¡Jim! Vamos a bajar aquí. ¡Gracias!

El carruaje frena y los niños se bajan de un salto. Luego se adentran en el bosquecillo que bordea el camino. No tardan en llegar a un claro en medio del cual hay una casa en ruinas. La techumbre está llena de agujeros y tiene algunos muros derruidos. El edificio está a punto de venirse abajo.

—¡Es evidente! ¡Aquí hay fantasmas! —exclama Becky—. ¿No crees en los fantasmas, Tom?

El chico se encoge de hombros.

—Bueno... no me dan miedo. Seguro que solo salen por la noche. Tendré que volver más tarde para ver si están ahí.

—Eso sería muy valiente por tu parte —le dice Becky con admiración.

El corazón de Tom se hincha. Lo haría todo para maravillar a su amiga.



—Vendré esta noche y ya te explicaré mañana lo que haya visto, ¿vale? —le promete.

Los niños se alejan de la casa. Al salir del bosque, llegan a la puerta del cementerio, donde se está celebrando un entierro. Hay un grupo de personas reunidas alrededor de un ataúd y el sacerdote está rezando una plegaria por el alma del difunto.

—No me gustan los entierros. Son tan tristes... —murmura Becky.

Después, los dos amigos separan sus caminos en el pueblo y cada uno se va a su casa.

Por la tarde, Tom va a visitar a Huck. El chico tiene una idea rondándole la cabeza.

—¿Qué tal, Tom? Te veo raro...

—Es que le he prometido una cosa a Becky —comienza a contarle subiendo las escaleras que dan a la cabaña—. Y aunque sé que soy capaz de cumplirla solo, me gustaría que vinieses conmigo...



—Explícate mejor, Tom —le pide Huck.

El chico enseguida se da cuenta de que el problema es que Tom se ha hecho el valiente delante de Becky y de que, en realidad, le da miedo entrar solo en la casa encantada.

—Venga, vale. Pues nos vemos en la puerta de tu casa esta noche —concluye Huck con una pizca de malicia.

No cabe duda, Tom siempre puede contar con su amigo Huck.

Más tarde, mientras toda la familia duerme, Tom se escapa por la ventana de su habitación y se reúne con Huck, con quien se adentra en el bosque en dirección a la casa encantada. Es noche cerrada y no se ve nada.

De repente, al pasar por la puerta del cementerio, Tom abre unos ojos como platos.

—Huck... Mira allí... —balbucea Tom—. Son... ¡son fantasmas!

A lo lejos, unas luces blancas se mueven en la penumbra ante la mirada de los chicos. Las luces se mueven despacio acercándose hacia donde están Tom y Huck. Sin decir nada, los chicos se esconden detrás de un matorral. Por mero acto reflejo, cierran los ojos y se hacen un ovillo en el suelo. Pero Tom intenta poner la oreja.

—¿Lo oyes, Huck? ¡Son voces!

—Es verdad —contesta su amigo abriendo los ojos con prudencia.

Los chicos se levantan del suelo y ven que esas luces no son fantasmas, sino tres hombres con linternas.

Estos cruzan la valla del cementerio y se quedan muy cerca de Tom y Huck.

—¡Espera! Reconozco la voz de Muff Potter y la de... ¡Joe el indio! —susurra Tom.

—Ay, no, él no... —murmura Huck atemorizado—. ¿Y el otro quién es?